

# Gota serena

Por Agustín YÁÑEZ

Dibujos de Pedro CORONEL

—No vean tanto la luna: les cae gota serena —pero era o el misterio y lo bonito que sonaba eso de *gota serena* —yo no me cansaba de repetir las recién descubiertas, armoniosas palabras—; o era, sí, esto en verdad era: el descubrimiento de la luna; el hecho fue que no me cansaba de verla, no pude despegar los ojos de aquel hechizo de tranquilo esplendor, ni salía de mi asombro por no haber conocido antes a la luna, o no haberme fijado en ella lo suficiente para gozarla bien a bien, como esa primera noche de su encuentro.

—¿Qué es la gota serena? —pregunté sin quitar la vista de la gran cara luminosa.

—Se quedan ciegos.

Tampoco entonces dejé de mirarla, bebiéndomela con los ojos, y pensando para mis adentros que aunque quisiera no podría cesar de verla y gozarla; pero que no lo quería: cualquier daño que sufriera bien valía la plácida contemplación.

*Se quedan ciegos.* Un miedo más en aquel mundo de miedos aparecidos en las bocas; pero que no comparecían a nuestra presencia en ese mundo extraño; mas lleno de magnificencias desconocidas: primero, el sol, el viento; luego, los campos, los arroyos crecidos, los árboles, los pájaros, los ganados, las veredas enyerbadas; de vuelta, el juego de los vientos y el sol sobre las peñas; después, la tarde, la tormenta, el arcoiris, las ranas y los grillos, los alumbradores; y al fin, la luna.

—Sobre todo esta luna de agosto es más mala que las otras.

Estábamos en agosto, sí, muchos meses esperado en aquella cárcel, bajo la promesa, con la esperanza de disfrutarlo en un mundo raro, que semanas y semanas dio trabajo a la fantasía: mundo sin calles, ni coches, ni anuncios, ni focos, ni relojes, ni prisas, ni apuros; mundo de caballos, de ojos de agua, de toros, de cajones de miel, de vacas, y elotes, y codornices, y frutas al alcance del antojo, y charcos para bañarse, y becerros para jinetear, y árboles para trepar y columpiar, y cerros, y tunas, y cuevas; mundo sin escuela, lleno de felicidad.

En el camino, a medida que nos acercábamos, fueron saliendo los miedos enmascarados en pláticas, encabezados por una palabra que no se caía de los labios: la canícula.

—Entramos en la canícula.

—Dios nos saque con bien de la canícula.

Molido por la caminata —habíamos abandonado la ciudad como fugitivos, a oscuras la madrugada, las calles todavía desiertas por completo—, ni quise ni pude preguntar qué terreno era ése a donde habíamos entrado y donde había riesgo de no salir con bien.

Tras la canícula mentaban el maldejojo, el chagüiste, los rayos y centellas, el carbón, el piojo, la garrapata, el maldeparto, el hervor de sangre, la puerpera, el tabardillo, el miserere, las andancias de todas clases, las criaturas y crías monstruos; toda especie de fenómenos; picazones de luna, locos mansos de repente furiosos; muchachas juidas; estropicios de coyotes, gavilanes y otras bestias dañeras; los granizales, alacranes y tarántulas, derriengues, desbarrancamientos, crecientes, mangas de langostas, aguas y frutas envenenadas, almas en pena, espíritus del mal, animales rabiosos, demonios con manos libres, toda

clase de microbios, daños y enconos; agonías; agonizantes; desgracias a puños; caballos desbocados, enloquecidos repentinamente; aires cargados de cáncer; pestilencias, y toda forma de muertes, por todas partes; repentinamente o lentas, tremendas o sosegadas, esperadas, inesperadas o desesperadas. La muerte. La muerte. La pelona. Y la malamujer.

Pero el ejército de descubrimientos era más fuerte; ahuyentaba temores; avanzaba de sorpresa en sorpresa, conforme nos alejábamos de la ciudad, estrenando placeres desde antes de salir al camino. Desde mucho antes, y sin contar la larga espera de ver cumplida la promesa, ni las largas imaginaciones, las largas vísperas de agosto; simplemente desde la noche anterior al viaje, para no referir las ansias de contar semanas que faltaban, el ahínco de cobrar cada día lo prometido, el esfuerzo por pagar el precio de buenas calificaciones en los exámenes, la explosión de gusto cuando confirmado el premio se fijó la fecha de la escapatoria, el alboroto de los preparativos, las espantadas del sueño en el recreo de imaginar hazañas inminentes, la curiosidad a la llegada del arriero y el asistir al trato del flete con indicación de la hora en que al día siguiente deberíamos estar listos para la salida. Esa noche, de plano —por lo menos yo— no pudimos dormir, con el sobresalto de no despertar a tiempo, de andar con prisas o de que algo a última hora se nos olvidara; pero principalmente por el enjambre de soñadas peripecias. Creo que mi madre no reposó un momento: la oí toda la noche andar de un lado a otro, abriendo y cerrando cajones, preparando en la cocina el bastimento, llenando maletas, empacando utensilios: las luces prendidas toda la noche. Mucho antes de la hora fijada estábamos en pie, sin necesidad de que nos despertaran; tan temprano era, que mi madre instó a que nos acostáramos de vuelta; mas ya estábamos vestidos y despabilados; tarde se nos hacía que llegara el arriero; salimos a la calle para esperarlo; qué raro sonaban en la acera vacía nuestras ruidosas voces; desesperados por la tardanza volvimos a entrar, volvimos a salir; teníamos puestos ya los sombreros de palma propios para el sol; mi madre nos llamó *locos* y reclamó que tuviéramos juicio, que no comiéramos ansias; debíamos abrigarnos contra el aire de la madrugada; la contestación fue que no sentíamos frío; las reprimendas eran en especial para mí por ser el más alborotador y cabecilla de impacencias; el silencio del barrio dejaba oír con claridad las horas —qué lentas corrían— del reloj de catedral; acababan de sonar las cuatro cuando percibimos el trote del atajo, que al fin desembocó en la esquina; la revolución de la casa se multiplicó en gritos, carreras, recomendaciones, preguntas; quiso aún mi madre que tomáramos una taza de canela caliente y alguna pieza de pan, para no salir con aislamiento de estómago; entre velas que apagaba el viento y entre sombras, con increíble destreza, el arriero dejó bien afianzado el montón de maletas y demás avíos, nos distribuyó los burros y nos acomodó sobre los aparejos, cortó discusiones y ordenó la marcha. Las calles a esa hora facilitaban mil figuraciones llenas de misterio como en el cine: la de la evasión era la mayormente sensacional, revuelta en ratos con la de sitiados que



burlando al enemigo rompen riguroso sitio, y a ratos con la de israelitas al salir de Egipto; para luego cambiar por la de sombras que rondan las casas atemorizando sin dar a conocer si son malhechores, policías o fantasmas. Entraba en hacer de más emoción la aventura, el susto de divisar encendidas a lo lejos las linternas de los gendarmes, y el cortar la respiración para no ser sentidos al pasar junto a ellos; ni caso nos hacían, o se contentaban con mirarnos (algunos ni se movieron, acurrucados en los quicios donde dormitaban); simulando alegría por habernos escabullido (en el fondo era desencanto por el desaire), respirábamos a nuestras anchas, empeñados en inventar peligros y valentías. Frente a la garita hubo amagos formales; bastó que reconocieran al arriero para que sin dificultad nos dejaran pasar. De allí en adelante los burros trotaron, el arriero rompió a cantar y nosotros gritábamos, temerosos de caer en el abismo de tinieblas. —*No tengan pendiente: aquí el camino es muy parejo, las bestias lo conocen bien y los niños van amarrados*— decía el arriero. Ni siquiera las orejas de los burros podíamos distinguir en la oscuridad. Entonces inventamos —inventé yo— que a lomo de terribles bestias éramos arrebatados en vuelo ciego, y que valerosamente nos afianzábamos de las crines, resueltos a no sucumbir. Las últimas luces de la ciudad y hasta su rumbo se nos perdieron.

Lo bueno comenzó cuando el filo del cielo fue tiñéndose de claridad. O me había olvidado ya, o jamás había visto un amanecer. La primera en anunciar: —*¡El alba!*— fue mi madre; lo hizo antes de que apareciera fulgor alguno en el horizonte, guiada por el lucero de la mañana: —*¡Miraron cómo dio tres brinquitos?*— e inmediatamente comenzó a rezar: *El Ángel del Señor...* Yo recordé aquel grito de —*¡tierra!*— que nos enseñaron en la escuela cuando lo del descubrimiento de América, y también que para caminar de noche, los navegantes del pasado se orientaban, como los Magos, por este lucero, que me pesó no haber visto en el momento de sus brincos, por más que mi madre nos lo previno. Tardía, pero intensa, gozosamente me dediqué a contemplar el cielo estrellado, que la ciudad ocultó siempre, interponiendo el brillo bajo de sus focos. La maravilla me hizo suspirar, o quién sabe si la tristeza de haber perdido los saltos del lucero.

No acababa el rezo del alba, tan breve, cuando una raya gris, como de pizarrín en la pizarra, o de tiza lechosa en el pizarrón, dibujó con torpeza de párvulo el ejercicio de montañas —*cadena* o *perfiles*: no recuerdo bien cómo lo llamaban—, que alguna vez hicimos en geografía. —*Cobijense bien y cúbranse la cabeza: es la hora del rocío: no les vaya a hacer daño*— advirtió mi madre al terminar el rezo. Rápidamente, como esfumino —lo aprendí a manejar en la misma clase de geografía cuando llegó el tiempo de hacer mapas—, la raya lechosa se expandió y le fueron saliendo colores, de más en más fuertes: violetas, morados, rosas, a medida que se apagaban las estrellas. Las cobijas, la pelambre de los burros estaban humedecidas, como cubiertas de sudor. —*Es la caída del rocío: miren las yerbas cubiertas de gotitas cristalinas*— dijo mi madre. Bajamos los ojos del cielo a la tierra, donde la claridad permitía ver las yerbas del campo, colmadas de aretes. Un maestro —ya no un párvulo— dibujaba la línea de los montes, igual a los paisajes en calendarios y tarjetas de Año Nuevo. —*Qué verde está el campo: da gusto*—; y el arriero: —*Ha llovido bonito este año, muy parejo*.

Me desentendí del campo para volver al cielo. No conocía el mar; pero en esos momentos lo figuré en toda su gloria. No habría mayor diferencia con el horizonte inacabable de colores que deslumbraban, más que a los ojos, al ánimo sorprendido. —*Nos va a hacer bonito día*— pronosticó el arriero y cantó a todo dar. Crecía el oleaje intenso de tonos azules, nacarados, verdes, oros, en confabulación de nubes que trazaban litorales portentosos. Un gran globo lento, de sangre, salió a la fiesta. No pude contener el impulso de cantar: la garganta lo rompió en estentóreo grito. El sol en alto, revestido de rayos, destruyó los diques de la ilusión marina.

Desde temprano habíamos encontrado, seguíamos encontrando atajos carboneros. —*Eh, cómo han acabado con todos estos bosques; yo los conocí todavía tupidos; da lástima ver la tierra pelona, llena de zanjones por donde se la lleva el agua*— el arriero bajaba la voz para continuar—; y éstos combinan el carbón con los asaltos cuando ven modo; allí donde los ven tan chifladores, no le dejan a uno ni lo encapillado: son rateros terribles; desde aquella loma, o escondidos en zanjones y cuevas, espían a sus víctimas desde lejos. —*No asuste a los muchachos*— dijo mi madre. Cambió el arriero de conversación: —*Señora, ya se divisa la hacienda del Consuelo, donde puede conseguirse leche y tortillas calientes. —Allí desayunaremos.*

Las piernas dormidas al bajar del burro y dar unos pasos. El más rico jocoque, las más sabrosas tortillas de mi vida. El



viento puro antes nunca respirado. El olor excitante de la tierra. La jornada de sol que nos esperaba por caminos fragosos. El trepar otra vez los burros tras el descanso, con mayor alboroto.

Esto fue andar entre nuevas admiraciones y amenazas, como juego del da y quita. Cuan presto nos encantaba el vuelo, el canto de pájaros jamás oídos ni vistos (ese día conocí a los carpinteros, a las chirinas, a los tildíos, a las calandrias), nos arredaba el rosario de cruces que a un lado del camino señalan sitios de muertes violentas, narradas minuciosamente por el arriero. Si nos recreaba oír un a modo de orquesta que hacía el viento entre los árboles, el arriero soltaba los espantajos de cuántas veces vio tupidos de ahorcados esos bosques, cuando la revolución, y cómo, por lo angosto del camino, testereaba los pies tiesos, las tirlangas de los cuerpos, que servían de instrumentos a la orquesta del aire. Si hallábamos ojos de agua o regatos cristalinos, y nos arrojaba la sed a beber arrodillados, y el calor a empapar cara y brazos, atronaban las prevenciones de cerrar los ojos, de no mojar la ropa, de soplar en forma de cruz para espantar microbios, venenos y malos espíritus, antes de beber; con lo que la alegría del agua encontrada, y de la música producida por los arroyos al correr, al caer entre piedras, y de sus reflejos al sol, se enturbiaba.

Apareció, y se metió por las orejas, y se quedó en los ojos el espectro de la canícula, repetido de allí en adelante como letanía de difuntos. Atrás venían, según ya he dicho, las otras facinerosas palabras: maldejo, chagüiste y demás chusma, engrosada mientras nos internábamos por caminos de más en más estrechos, montañosos; y el sol pegaba con fuerza sin misericordia. Los burros mismos caminaban con dificultad, arreados a chiflidos y chicotazos, cansados con su inacabable zangoloteo.

Por eso no quise ni pude salir de dudas en lo de la canícula, imaginada como territorio prohibido al que habíamos entrado como a boca de lobo y callejón sin salida. Lo que dimos en preguntar, cada vez con mayor apuro, fue a qué horas llegaríamos, cuánto faltaba para llegar. El arriero trataba de divertirnos con historias extrañas de tesoros y aparecidos, de chocarrerías y desastres. Quisimos también saber qué hora era, y nos burlábamos del arriero cuando dijo que faltaba mucho para las doce; ¿cómo, si habíamos caminado una eternidad? La burla se hizo duro acatamiento cuando el oráculo que nos guiaba explicó calmamente la posición del sol y el sesgo de la sombra. —*¡No tenían tanto alboroto por el viaje? Ahora se aguantan*— dijo mi madre. No hubo más remedio que soportar el traqueteo e inventar motivos de diversión, que se habían acabado con el cansancio. Pronto volvimos a neciar con preguntas. Compadecido, el arriero anunció que pronto llegaríamos al río Achichilco, donde hay sombra para sestear y agua para los animales: —*Paraje chulo, muy fresco, lleno de colores en este tiempo, y hasta de garzas reales; ya verán qué colores de las aguas en las represas, igual que pinturas de lo fino que pueda imaginarse, y quién sabe si hasta nos toque ver aguillillas; paraje lindo, de veras, que yo mismo no me canso de ver cuando paso, y más en estos días de la canícula*

Resultó cierto: bonito de verdad. Lo distinguimos desde lejos. Parecía sueño. Aunque más chico, era el mar del amanecer, color de rosa. Blancas, rosas, nacaradas, volaban las garzas a montones, más claras a medida que nos acercábamos. El campo tupido de mirasoles, yedras, tempranillas, manzanillas, sanicolases, santamarías y otros nombres dichos en competencia por mi madre y el arriero. Y árboles de frondosas cúpulas. Y el

espejo de las aguas tornasoladas. —¿Esto es un río?—Un río represado para la siembra de trigo.

Descendimos. Aventuramos pasos. Desapareció el cansancio. Nos arrimamos a los bordos. Asistimos al milagro de los lirios; pero mayor era el de los lotos, extendidos como estrellas en el cielo de aguas coloradas, donde también se veía el sol, y encandilaba.

El arriero se multiplicaba en hacer una lumbrada olorosa para calentar el bastimento con rajas resinosas y yerbas; en aflojar los aparejos para que los burros descansaran; en curarles, a unos, las mataduras, y a otros las patas espinadas. Comimos a la sombra de grandes árboles; luego nos tendimos, cara al cielo, que se había ido cubriendo de gigantescas nubes luminosas, propias para las invenciones de la fantasía desocupada y feliz. Qué hora, qué sitio dichoso, al fiel del medio día definitivamente libres de la doble cárcel: ciudad y escuela. Las nubes, las garzas, las altas aguilillas, la mar tornasol sembrada de lotos, ahuyentada la canícula, y los otros terrores invisibles, y el cansancio.—Tenemos que darnos prisa, no sea que nos llueva temprano—la voz agorera rompió el encanto con sarta de amenazas—; *el camino se ponga lodoso, las crecientes no nos dejen pasar, haya riesgo de rayos, la noche nos agarre.*

Nos dimos prisa; pero nos llovió. Pudimos probar las muchas emociones —atizadas por los pronósticos del arriero—, desde que la tormenta se pone hasta que se va; las esperanzas de que se la lleve el viento; el avance negro de nubes que cubren el cielo y pueblan la tierra de tinieblas; el desastre del huracán y el horror de relámpagos y rayos a campo abierto, en el desamparo del camino. Chicoteaba, gritaba rudezas el arriero apresurando al hatajo; nos consolaba diciendo que la tempestad pasaría pronto, según era la furia del aire, zumbando en remolino, detenido el paso de las bestias, amenazando con arrancarnos de los aparejos y levantarnos en vuelo. Esta vez no eran imaginaciones ociosas: era el poder de la naturaleza en su siniestra majestad. Por más que corrimos, nos empapamos; el granizo nos golpeó antes de alcanzar a guarecernos en el tejabán de la más cercana ranchería. Los vapores de la tierra y la casi completa oscuridad en que había caído la tarde nos ocultaban el mundo con cerrado telón. Lejos de serenarnos, las invocaciones de mi madre nos infundían terror. ¿Esto era la canícula o el fin del universo? El arriero: —*Ya verán qué pronto pasa; lo bueno es que no llovió en la sierra y las crecientes no nos detendrán.* Mi duda: —*¿Y si sí, por mala suerte?* El arriero: —*Ni modo entonces de volar: dormiríamos al raso.*

Los truenos fueron los primeros en alejarse y retumbar a distancia. Brotó el arcoiris. Con la misma rapidez de las tinieblas, el cielo se limpió. El sol apareció más brillante, todavía muy alto. El oráculo afirmó que serían las tres de la tarde. Brillaban los cerros, los árboles, las labores, los pastos, la tierra que pisábamos. Los pulmones respiraban alegría. Sentíamos alas, ímpetus de volar. También las bestias. —*Es que ya huelen la querencia* —sentenció el arriero; la buena nueva no se hizo esperar: —*Primero Dios, dentro de una hora estaremos llegando.*

Olvidaba decir que íbamos al rancho de unos tíos, primos hermanos de mi madre. Invitación aplazada de año en año, de unas vacaciones a otras, nunca conseguimos romper la cárcel de que ya he hablado, lo que aumentaba la tentación de vernos libres en el paraíso que día con día recordaba mi madre, quien también tenía la ilusión de regresar, tras largos años de destierro, desde que se casó. Nosotros, ninguno de la familia nos habíamos despegado jamás de la ciudad en que nacimos y crecimos. Parecía imposible lograrlo. Pero conocíamos, nos era familiar, y puedo decir que vivíamos metidos en la magia de los campos por donde desde chicos oímos correr las añoranzas maternas.

El arriero seguía empeñado —y con mayor tirria cuanto se acercaba más el término de la jornada—, seguía empeñado en borrar —igual que hacíamos con las láminas de sucesos y personajes que nos caían mal en los libros escolares—, empeñado en garabatear la imagen venturosa que durante tanto tiempo vinimos fabricando. Propuesto a no desperdiciar el rato que faltaba, tupió consejas y cuentos, la lengua sin parar, previniéndonos de charcos traicioneros en el río, de crecientes que llegan repentinas, de frutas dañosas, de animales alevosos, de balas perdidas, de borrachos pendencieros, de pestilencias, de muertes que acechan a cada paso. Inútilmente mi madre le cambiaba la conversación. El hombre no salía de los mismos temas: —*Con la canícula se han soltado muchos perros del mal en todos estos rumbos, y hasta gatos y toros hay contagiados... La otra semana se ahogaron tres muchachillos en el charco del recodo... y otro se murió de piquete ponzoñoso...*

Lo que nos impresionó más fue la historia de Cuco Lurio. —*Tengan mucho cuidado con él; aunque de costumbre no hace nada, es un bembo, un bienaventurado manso, se pone a veces*

*furioso con los desconocidos o con los que lo cucan, como chuchos bravos, la boca echando espumarajos, los ojos inyectados de sangre, saliéndosele, como toro enyerbado, se necesitan varios hombres para sujetarlo, pues quién sabe de dónde le vienen tantas fuerzas cuando se pone así el idiota sordomudo...*

La llegada de tíos y primos, que venían a encontrarnos, cortó las temerosas historias; las echó al olvido. Apeamos en el rancho con muy buen sol. Tuvimos harta luz todavía para descargar tanta curiosidad por conocer alrededores y rincones de que oímos hablar siempre: la sala, el depósito, la cocina, las piezas, los corrales, el río, la huerta, las terrazas, el plan, el cerro grande. Como brasas al rojo vivo, colosales nubes amontonadas prolongaron la tarde hasta muy noche. Merendamos al pardear del día, oyendo el concierto de ranas, recontando las peripecias del día, formando planes para dar todo lo ancho a la conquistada libertad. Presentáronse los alumbradores; nos divertimos en atraparlos. Ningún cansancio experimentábamos. El tiempo pasaba sin ser sentido. Jugamos a las escondidas y a otros juegos chistosos, chistosos principalmente por el desconocimiento de la casa, que daba lugar a chascos.

Fue cuando alguien dijo:

—Ya salió la luna; vamos al patio grande.

Fue cuando reconocí que, hasta entonces, la ciudad me había impedido conocer bien la luna.

Fue cuando el descubrimiento me ensimismó.

Y cuando sonaron, gustándome, sin asustarme, las palabras:

—Cae gota serena.

Y cuando pensé: —tanto miedo mentado, que no aparece por ninguna parte, sino al contrario: todo resulta sorpresa bonita, y más, muchísimo más, este raro embeleso, como hechizo, de la luna.

—Esta luna de agosto, la más mala.



Fue cuando pensé que aunque quisiera no podría dejar de verla y gozarla.

Cuando una voz espantada clamó:

—Se están poniendo las palmas —y vi unas nubes embijadas en el cielo, a modo de grandes hojas estiradas.

El azoro cundió:

—¡La calma! ¡La calma de agosto!

—Dios nos ampare.

Me atreví a preguntar. Supe que aquello significaba la suspensión de las lluvias. No comprendí el grado de consternación que la noticia les producía; la exasperación con que nos ordenaron:

—Pronto: ¡a dormir! —sin apelación.

Olvidados de la gota serena, de la calma y demás riesgos que atronaron las orejas en el día, dormimos de un tirón, como patriarcas; con la tranquilidad de los patriarcas, según dijo mi tío.

Los cantos de gallos, los mugidos, ladridos, rebuznos y voces despreocupadas nos despertaron temprano. No tan temprano, como me proponía, para ver los brincos del lucero. Había amanecido. El aire tenía no sé qué de sofocante y extraño. Como extraña era la luz —parecía de cobre—, al rumbo del cielo por donde sale el sol. En el aire reconocí espeso sabor de cobre. Como el color de las nubes amontonadas en los cerros.

Comenzamos el día por la ordeña, para tomar leche al pie de la vaca. Luego nos dimos a brincar cercas y terrazas en busca de frutas caídas durante la noche: duraznos, granadas, albrichigos, guayabas, capulines. Sacudíamos las ramas. Probamos el riesgo de trepar a los árboles altos de la huerta y escondernos como pájaros, dando pequeños gritos para que nos descubrieran los que andaban abajo. Nos bañó la luz del sol, que hacía brillar, bañando, a los árboles y a los montes. Hicimos temblar al sol, arrojando flores y frutas al estanque donde se retrataba, y donde las aguas estremecidas resplandecían sus oros al fuego. ¿Dónde, dónde hallaríamos a la canícula escondida y a los otros maleficios, que atrevidamente buscábamos en la umbría de la huerta, detrás de los árboles, abajo de las piedras, en la pulpa de las frutas? ¿Dónde, cuándo aparecería la gota serena o Cuco Lurio? Se reían forzosamente mis primos al oír las preguntas.

Gruñidos estridentes, mientras almorzábamos, nos atrajeron al patio donde gocé anoche a la luna.

—¡Vamos a ver matar al puerco!

Era el sacrificio prometido para celebrar nuestra llegada, conforme habían dicho: —Mataremos un puerco y le haremos fiesta completa.

Lo traían estirando. A la sombra de un pirul, cerca de un cazo al fuego, dos hombres lo tumbaron panza arriba, sujetándolo de las patas; y otro, rápidamente, le metió un punzón en el codillo; salió un arco de sangre que prestamente apearon en un bote; se hizo necesario que otros hombres ayudaran a resistir la lucha desesperada del animal por soltarse. Rápidamente, con un cuchillo rasgaron el cuero por media barriga, como si fuera papel, arrancándole la grasa, que aventaban en pedazos blancos al cazo. Habían cesado poco a poco los gruñidos, la furiosa resistencia de patas y dientes. El cuero quedó completamente desprendido, tendido como tapete. Lo que más me sorprendía, y acabó por enojarme y entristecerme, fue la cara sañosa del matancero y la ninguna lástima de los que presenciaban la carnicería tan alevosa del indefenso. El cuerpo inerte iba de un lado a otro según las tasajadas que le daban, vaciándolo. Nadie de los presentes mostraba repugnancia por ver la asadura, las tripas con cochínada, el güerguello, las costillas quebradas, el espinazo, la cabeza rasurada, que iban colgando en lazos, repartiendo en cazuelas y lebrillos, o echando al cazo prendido, sin que la sangre fría del carnicero desperdiciara nada. Con ganas de vomitar, no quise ver el fin de la matanza. Con punzadas de cabeza me retiré, me tendí en el catre, oyendo los gruñidos del puerco, sintiendo sus convulsiones, viendo sangre por todas partes, hasta cuando cerraba los ojos.

—He conocido el rostro de la crueldad —reflexioné a solas, martillando la frase como loco, la lengua con sabor a cobre, lo que me hizo recordar el extraño amanecer.

Bocarrriba, la vista fija en los morillos del techo donde colgaban telarañas y había nidos de golondrinas; brincaba el pulso retumbando en las sienas; congoja de haber caído en destierro sin salida; refugiado en contar y volver a contar los morillos; definitivamente lejos de la luna; definitivamente cerca, en espera inminente de la gota serena, de la canícula, de la mala mujer y de los otros males, retoñados con fuerza en las punzadas de cabeza, en el sobresalto del pecho.

Irrumpieron a gritos los muchachos: era la hora prometida de ir a bañarnos en el río. Rehusé. Acudió mi madre —venía de

la cocina, los brazos y el mandil sucios de sangre y grasa—, me amonestó:

—Tanto alboroto y ahora sales con encerrarte. Anda: el sol, el aire libre te harán provecho para que vengas con apetito a la fiesta del puerco.

En el patio, entre la humareda maloliente del cazo donde los chicharrones hervían, distinguí a un hombre muy alto, seco, tieso, como santo de palo, que hablaba sin mover la cara, con lentos ademanes de los puños mecánicamente levantados como goznes; izaba un bordón en la mano derecha; su voz era clara, pausada; la barba blanca, en piocha de algodones enmarañados; los ojos en blanco, inmóviles, como huevos cocidos.

—Es tío Zancas el de la Majada. Le cayó gota serena cuando muchacho. Viene al olor de la fritanga. Es adivino.

El ciego hablaba con sonsonete de recitación. Erguido. Los oyentes lanzaban miradas de desconuelo. Se había formado una enorme nube cincelada en plata maciza con figura de cuernos.

—Es el Yunque. Confirma el anuncio de las Palmas, anoche. ¡Mal! ¡muy mal!

—Hay que andar muy prevenidos en estos días en que se da suelta a los espíritus malignos, y no exponerse al peligro —declamaba el ciego.

Nube única en el inmenso cielo de azul profundo; encandilaban sus destellos al sol, mientras por el lado contrario sus contornos eran sombríos. El ciego proseguía:

—Eh, cuántas calamidades veo venir, Dios nos saque con bien al otro lado.

Bonita la bajada al río por entre huertas llenas de frutas y pájaros. Bonito el cauce del río encajonado en peñas de colores y con valla de árboles frondosos que siguen las curvas de la corriente, abrigándola. Bonitos rincones, recodos del camino, que dan ganas de allí quedarnos a su frescura, música y misterio, nada más que vence la tentación de seguir en busca de nuevos recreos para los ojos y la fantasía: cuevas, escondrijos, paraísos perdidos, hilos rumorosos que bajan de las laderas, atraviesan filtros de piedras, pastos de flores, y van a dar al río. Bonitos los charcos a la sombra de sabinos, álamos, chopos y sauces. Bonito bordear el curso de las aguas acá remansadas, allá tumultuosas. Todo tan bonito, tan festival —dondequiera se posara la vista—, que por encanto se disiparon las imágenes ingratas, el malestar de los augurios; y el dolor de cabeza desapareció.

—Sí, ¡la maté! ¡la maté! ¡una aguililla! ¡estoy seguro: es aguililla!

Entretenido en la contemplación de paisajes que se sucedían, olvidé a los muchachos; ni cuenta me di de que a pedradas y resorterazos mataban pájaros. Los gritos alegres del primo mayor llevaron mi atención a la pandilla de asesinos: corrían, brincaban en busca de la pieza cazada; unos más, otros menos, todos traían atadidos de aves muertas: congas, güilotas, codornices.

—¿Qué les dije? ¡Mírenla qué chula y bien dada! todavía sacude las alas, agonizando —el primo levantaba en la mano un gran pájaro, y se jactaba—: con lo trabajoso que son de pegarles, miren qué alas relucientes, qué pico largo tan duro; es como para conservarla desecada.

—Hubiéramos traído escopetas y rifles.

—¿Cómo? Aquí los cuates catrines de la ciudad se habrían asustado; ¿no los estás viendo tan fruncidos?

Caí entonces en la cuenta de que los primos y demás muchachos del rancho nos habían recibido y desde anoche nos veían con envidia y burla, rencorosamente; al mismo tiempo descubrí que, por lo menos a mí, me causaban repugnancia, primero por groseros y ahora por crueles; no había sido tanto la matanza del puerco, sino la maldad que brillaba en las caras de los rancheros, la causa de mi malestar.

—¿No ves que ni tirar piedras saben? Lo hacen como viejas y ni a la orilla del río alcanzan: les falta pote.

—Serán muy leídos y muy políticos; pero incapaces de montarle al pelo a un potrillo.

—Y hasta de espantarse los zancudos.

Me colmaron el copete, y aunque conocí que no tenía sus fuerzas ni sus mañas, y que tenía miedo a sus rudezas, los encaré:

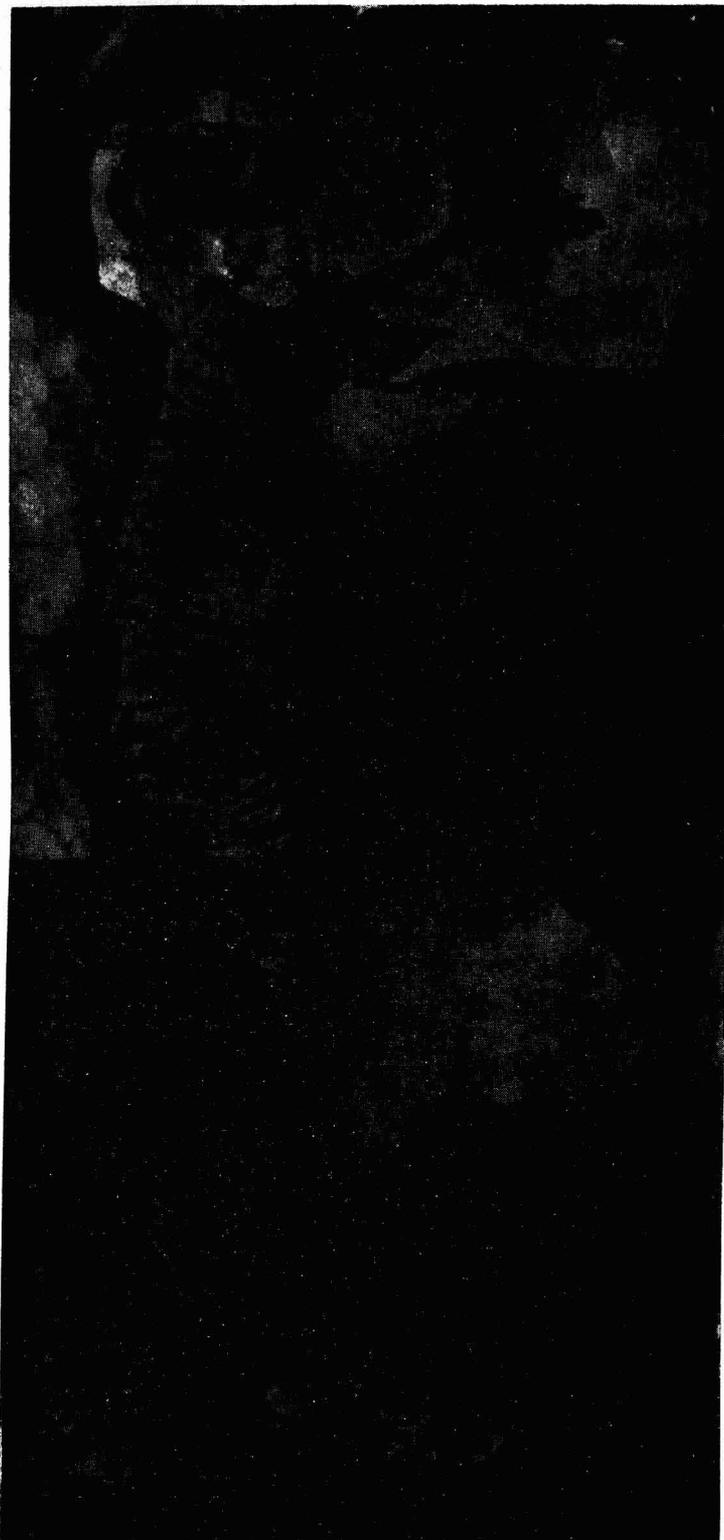
—Ultimadamente, ¿para esto nos convidaron a su cochino rancho? si lo que quieren es pleito, ¡a darle, montoneros! —y esgrimí los puños apretados, enfurecidos.

El montón se me dejó venir con piedras en la mano; pero el primo mayor los contuvo:

—¿Para qué quieren que luego vayan a rajarse con los tatas y se nos aparezca juandiego? ¡déjenlos!

Todavía tuve calma para gritarle:

—Rajones, ustedes; no nosotros.



Y él, conciliador, con risa pazguata, entre burlona y amable: —Así me gustan los machos. Lo que queríamos era calarlos, a ver si como presumen responden.

—Pues a calar... melones, tarugos...

Nos distrajeron unos gritos:

—Miren lo que maté —pendiente de un varejón, una víbora. El muchacho que la traía me la lanzó; ardidado como estaba, la cogí en el aire, con repugnancia, por no decir con horror, y la tiré al rostro de uno de los más impertinentes, que no pudo reprimir el espanto; por poco grito —¡vean quién es aquí la vieja cobarde!—; no lo hice para no empeorar las cosas con aquellos que no tenían otra diversión que matar y hacer daño. Risas y cuchufletas apabullaron el tardío impulso del miedoso en mi contra. Seguimos río arriba en busca del charco donde habríamos de bañarnos. Menudeaban los malos augurios, las amenazas.

—A ver si cuando aparezca Cuco Lurio pueden correr, o si sale un perro del mal o un toro bravo...

—No hay cosa que a Cuco enfurezca más como encontrar catrines...

—Aquí se desbarrancó un buey la otra semana y aquí mismo lo destazaron...

—En ese charco se ahogó la hija de tío Zancas el año pasado por estos días...

—Son muy traicioneros todos estos charcos, tienen remolinos que suerben como embudos por unos abujeros que hay en el fondo; muchos cristianos no han vuelto a salir ni se han hallado sus cuerpos, pero es bonito luchar contra ellos.

Llegamos al charco del recodo. Sombrío. Remetido en una especie de concha o cueva formada por el tajo de alta peña. Las aguas inmóviles, verdosas, rodeadas de sabinos corpulentos en semicírculo frente al desfiladero. Sentí miedo. Me guardé de manifestarlo; antes di traza de ser el primero en desvestirme, animoso.

—Si de pronto llegara una corriente de la sierra, como seguido pasa en tiempo de aguas, nos arrastraría sin remedio; el año pasado, para no ir más lejos, arrastró ganados y cristianos, inesperadamente...

Las malas intenciones en contra nuestra les salían a la cara; ni las disimulaban, espiondo que nos descuidáramos.

—Si eres tan hombre, tírate al agua desde la peña.

—Ponme tú la muestra y te seguiré.

Sí, por lo menos tratarían de sumirme en lo hondo, de sofocarme, de hacerme tragar agua, o cualquier otra mala pasada.

Camelándonos mutuamente, ninguno acababa de desvertirse o dar traza de echarse al charco. Muy despacio me quité la camisa.

—Vámoslos capando como hicimos con aquel catrincillo.

Echáronseme encima, me sujetaron bruscamente, me derribaron, lucharon por inmovilizarme con las piernas y los brazos extendidos. Vi alzada una navaja.

—A ver, yo, que es mi oficio con chivos y perros.

—Por lo menos vamos a salarlo.

Sus fuerzas juntas no lograban quietarme. A pesar de que no tenía zapatos, pude sacarles sangre de la nariz y de los labios a fuerza de patadas y puñetazos.

—Háganle una ñenga.

—No —dijo el mayor de los primos—, mejor échelo encuestrado en aquella mata —y al decirlo pasó una luz maligna por sus ojos. Dicho y hecho, me levantaron en peso y me arrojaron sobre una yedra que tenía en el suelo sus guías. Aullidos, bramidos de bestia se dejaron oír, desesperados, retumbando en la peña. Los pandilleros corrieron al grito pavoroso de: —¡Cuco Lurio! ¡Cuco Lurio!— al tiempo que tupían las piedras de lo alto en el charco, en los arenales del río, detrás de los fugitivos, en furiosa persecución. Alcé la vista, incorporándome con rapidez. Un a modo de caricatura se movía como energúmeno arriba de la peña, gruñendo espantosamente, gesticulando, lanzando piedras con fuerza y destreza, sin parar. Era un fenómeno, un enano, una cabezota bestial con mucho de perro chato y de gorila, saliéndosele los ojos que le llenaban la cara y se le derramaban sobre la boca chueca, horripilante. Corrí, junté parte de mi ropa, busqué refugio tras de un sabino; pareció enfurecerse más al verme desnudo; maquinalmente me puse los calzones, la camisa; no encontré los pantalones ni la chaqueta; el monstruo seguía vociferando sonidos ininteligibles; comencé a sentir un ardor cada vez más rápidamente atroz en la espalda, en los brazos y muslos; cogí en la mano los zapatos y, cuidándome de la lluvia de piedras, brinqué junto al árbol inmediato; ¡cuán eterno se me hizo el escaso trecho y la espera de la pedrada que parecía inevitable!; ahuyentados los muchachos, el espantajo dejó de tirar, aunque me dirigía gruñidos, accionando frenéticamente; temí que bajara de prisa y diera sobre de mí, abandonado y descalzo; por otro lado el ardor de lumbre que me abrasaba todo el cuerpo era insoportable, al grado de no hacer ya caso del idiota, y olvidármese por completo, cuando descubrí con terror que me salían ronchas por todas partes y la piel se ampollaba, se ampollaba cada vez más; grité, pedí auxilio, aullé, y el eco sobre las rocas hacía más pavorosa mi desolación; rompí a llorar; no me cupo duda: la canícula me había hecho lazarino; para que nada faltara a la desesperación, sentí subir a los ojos el ardor, sentía que se me hinchaban, vi que se me salían como bombas de jabón; que pronto reventarían.

—¡La gota serena! ¡¡Ya me cayó!! ¡¡me cayó!!

Mi cuerpo era una viva llama que con violencia se derretía. En un relámpago vi que para siempre se alejaba mi ciudad; que nunca jamás la vería; ni recorrería sus calles, ni me recrearía en sus jardines y plazas; recordé con dulzura y ternura a la escuela; repasé los rostros de mis compañeros, el gusto de nuestros juegos, el acento de sus voces. Todo daba vuelta en mi ceguera iluminada. Sentí derrumbarme, morir. No supe más de mí, de nada.

En la eterna noche oscura que siguió, dominaban unas palabras en miserere:

—Fue la mala mujer. Lo picó la mala mujer. Son ronchas de mala mujer. Se cayó, lo aventaron en la mala mujer.